

DOS SONETOS A UN JAMÓN

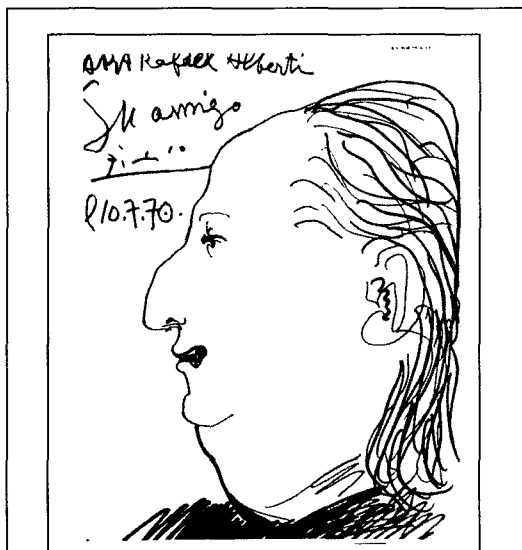
NICOLÁS GUILLÉN

El pasado 28 de octubre falleció Rafael Alberti en el Puerto de Santa María, el rincón de Cádiz donde había nacido en 1902. Era el único de los grandes poetas de la Generación del 27 que quedaba vivo. En su homenaje, ofrecemos la presente crónica de Nicolás Guillén, publicada en La Gaceta de Cuba el 6 de enero de 1963.

En el verano de 1958 vivía yo en París cuando la policía francesa, recién dado el golpe fascista de Salan, me invitó a abandonar la ciudad y, por supuesto, el país. ¿A dónde ir? Pedí asilo a México, pero aquel gobierno me lo negó. Lo mismo hizo el de Venezuela, a pesar de que ya había caído Pérez Jiménez y aún no había llegado Rómulo. Uruguay demoró tanto la respuesta que la demora valió como una negativa. Entonces fue cuando tuve la buena ocurrencia de escribir a Rafael Alberti a Buenos Aires.

Era el comienzo del mandato de Frondizi, quien todavía coqueteaba con la democracia y hasta con la revolución, y por gestiones del gran poeta español pude al fin liar mis bártulos y partir a la capital argentina, que visitaba por segunda vez. La primera, diez años antes, había encontrado yo a los Albertis, es decir, Rafael, María Teresa y la pequeña Aitana, en una casa de la calle de las Heras. Ahora vivían en la de Pueyrredón, que aún habitan, al número 2471, piso noveno A. Una casa clara, con balcón corrido a la calle y el amarillento río de la Plata tendido a lo lejos.

El río se ve mejor desde el estudio de Rafael, que recuerda un poco la proa de un navío y en el cual



Dibujo de Picasso

Todo es belleza a mi alrededor, lianas perfumadas me rodean y arrebatan de los aterradores y oscuros abismos de la vejez, de la muerte. Me voy con los ojos llenos de acontecimientos de un siglo. Un siglo de horrores, de enfrentamientos, de dolorosísimas separaciones, de hechos que habitan en mis bosques interiores y en los que casi a mis 94 años, aún puedo caminar sin perderme entre su frondosidad. Pero no me quiero ir. No quiero morirme. Sigo sin querer morirme. ¿Por qué tengo que morirme? Todavía me retienen muchas cosas, muchos atrayentes sabores que no quiero dejar de percibir.

RAFAEL ALBERTI

De "Los últimos renglones de mi vida"

cada momento cargara con ellos la policía, y con todos nosotros también, sus modestos anfitriones cubanos.

pasaba el poeta largas horas trabajando, no sólo en su poesía y sus memorias, sino en curiosas ediciones manuscritas de sus versos, tan buscadas y estimadas por una clientela de bibliófilos que las paga muy bien.

Desde mi llegada a Buenos Aires fui asiduo visitante de los Albertis, a los cuales me liga una amistad familiar, nacida de los días heroicos de España, que prolongaron los de su primera mansión en tierra cubana. Como hoy recuerdan muchos viejos que eran jóvenes entonces, Rafael y María Teresa estuvieron en La Habana hace veintisiete años. Lo cierto es que no han dejado de estar en Cuba ni con Cuba. Podría decirse más; podría decirse que vinieron entonces porque ya estaban con nosotros desde España, pues aquel viaje se hizo un poco para tomar el pulso a la Isla después de la caída de Machado y cuando ya comenzaba a levantarse Batista. Eso, el incipiente fachismo criollo, nos hizo recibir a tan ilustres huéspedes con el temor de que a

Sin embargo, aquí se les dio más de una comida, se les organizó más de un recital y de una conferencia, y no escasearon los vinos ni los rones. Pero había que andarse con cuidado, porque Rafael y María Teresa eran españoles (como decir hoy cubanos) y en España había caído Don Alfonso y aquello era "una república de trabajadores". Además, Rafael acababa de publicar un bello libro de poemas americanos contra el imperialismo yanqui, y era la cabeza visible de la poesía revolucionaria española.

Por cierto que la estancia en Cuba del autor de *Marinero en tierra* se diferencia mucho de la de Lorca, que vivió entre nosotros en el 30, invitado por don Fernando Ortiz, entonces al frente de la Hispano Cubana de Cultura. Del gran poeta del *Romancero* había quedado en el aire una sal fina que sazonó su picante anecdotario antillano; nos quedaron también su gracia gitana, tan parecida a la criolla, y el recuerdo de una personalidad angélica que en nada tocó lo político.

Rafael, al contrario, era cuando nos visitó un hombre de partido: en primer lugar porque lo había tomado por su pueblo, y en segundo porque era militante de la extrema izquierda y llenaba su poesía de la angustia y la esperanza del hombre de la calle.

Después de La Habana —dos años más tarde— nos vimos en Madrid, ya en plena guerra del pueblo español contra Franco. Yo había asistido desde México con Juan Marinello al Congreso de Valencia, en 1937, y en París se nos unieron Pita Rodríguez, Carpentier y Leonardo Fernández Sánchez. Pasó el Congreso y yo me quedé, lo cual me permitió intimar con Rafael y María Teresa a lo largo del trabajo diario (yo era corresponsal de la revista *Mediodía*), o en las visitas al frente, o sentados a la frugal mesa de la Alianza de Intelectuales, donde el magro yantar nos recordaba cada día el asedio de los fascistas.

Alrededor de aquella voluntariosa pareja giraba la vida intelectual antifranquista en el Madrid de la época, más aún, de toda la España republicana, desde *El Mono Azul*, un periodiquillo vibrante y agresivo que ellos dirigían, hasta la política cultural del gobierno, que entrañaba el rescate para el pueblo de cuanto era suyo y no había visto ni conocido jamás. Una política que ambos, pero sobre todo María Teresa, llevaban adelante día y noche, sin reposo ni sueño.

Vino el desastre de la segunda república, y todos nos dispersamos. Ahora nos encontrábamos de nuevo, no en un país en guerra, la guerra justa del pueblo español, sino en un mundo al borde de la catástrofe.

En lo internacional, el imperialismo norteamericano cada día más estúpido y agresivo, y en lo nacional argentino, Frondizi pirueteando en la cuerda floja de una política canallesca, que traicionaba sus más inocentes promesas y la cual acabaría por llevarlo a la cárcel conducido por los gorilas que él no supo o no quiso reducir.

En casa de los Albertis encontré calor de hogar. Apenas hubo día sin que nos viéramos, y con aquella compañía, instruida y popular al mismo tiempo, mucho ganó mi espíritu, que llevaba seis años de exilio. Porque la casa de Pueyrredón era un *rendez-vous* de pintores, poetas,

gentes de teatro, profesores, artistas, en fin, del más diverso linaje, pero toda gente sencilla y simpática. Como los Albertis distan muchísimo de ser ricos, no faltaba quien se apareciera a la hora de comer o de almorzar con una damajuana de vino o una docena de empanadas o un pollo frito, que engrosaba el menú familiar y hacía ligera la presencia del intruso a la mesa.

Un día llevé yo...

Pero esto es historia aparte, que hay que contar desde el principio. A mi llegada a Buenos Aires,

Tiempo. Tiempo. ¿Por qué no hay más tiempo? ¿A quién hay que pedir más tiempo...? Mujeres que habéis pasado presurosas por mi vida, cercanas o lejanas ya, hermosas siempre, por encima de los días, de la crueldad del tiempo y del olvido. No adivino ya vuestros rasgos cuando atravesáis mi, todavía, encendido jardín. Pero siempre seréis un delicado y silencioso recuerdo en las páginas de mi pérdida arboleda... Todo en mí sigue latiendo. Amo todo aquello que siempre amé, sin advertir la sorpresa de los que ya me contemplan como un árbol centenario al que le cruzan las ramas e imaginan sin savia en las venas. Pero pienso, una vez más, en Anacreonte, en la edad del atrayente mar y de las sirenas, en la del incesante viento que a través de los siglos se enreda en el cabello dorado de las muchachas...

RAFAEL ALBERTI

De "Los últimos renglones de mi vida"

tanto María Teresa como Rafael decidieron que yo debía ofrecer unas charlas por la radio, con el fin de levantar algunos fondos que me permitieran vivir sin apuros. Dicho y hecho: me contrató la emisora El Mundo, y cada semana salía yo al aire una noche, contando anécdotas y diciendo poemas, que era lo único que en caso semejante y en las condiciones políticas del país podía hacer un extranjero para no señalarse.

Del primer dinero que me llegó por aquel trabajo, decidí regalar a Rafael y María Teresa algo que había sido un sueño irrealizable en mi niñez, que lo fue más tarde en mi juventud y que aún seguía siéndolo en mi edad madura; algo que nunca pude conseguir como totalmente mío, a mi disposición, esto es, sin que yo tuviera que agradecerlo a la generosidad maternal en la lejana cocina de mi infancia, o tomar de manera siempre parcial y dosificada en los restaurantes del mundo. En fin, que regalé a Rafael Alberti un jamón como para mí lo hubiera yo querido.

Recuerdo muy bien la mañana que fui a comprarlo a una tienda de la calle Castelli, cerca de la Plaza Once. Escogí el más grande y orondo de los jamones argentinos que allí había y regresé a mi cuarto de hotel para decidir cómo iba a hacerlo llegar a su lírico destinatario. Al cabo de mucho pensarlo, me pareció que lo mejor era meter el jamón en una gran caja, que hiciera creer en otra cosa, y acomodarlo con toda suerte de relleno. Me ayudó en esto la pintora Lea Lublín, quien dio al envoltorio un aspecto tan artístico y elegante que nadie podía sospechar su grasiento contenido, y a la casa de Pueyrredón nos fuimos. Sólo que junto al jamón había puesto yo un soneto dedicando a Rafael la suculenta mercancía.

Abierta la caja en medio del regocijo que es de suponer, decidióse llevar a cabo una entrega oficial algunos días más tarde. Para ello se convidaría a un grupo de amigos íntimos, de los asiduos a la casa, y se daría una fiesta bien bohemia, la fiesta del jamón.

Mientras tanto, Rafael iba a escribir también un soneto, en contestación al mío. Es decir, el soneto recibiendo el jamón que con un soneto le entregaría yo. Vino ese día, o mejor esa noche, la del 25 de noviembre de 1958, y se efectuó la ceremonia. A las nueve en punto, María Teresa pidió silencio a los invitados, que formaban poco más de una veintena, y tomando yo el jamón lo puse en las manos de Rafael. En seguida leí el soneto de la dedicatoria, que dice así:

AL POETA ESPAÑOL RAFAEL ALBERTI, ENTREGÁNDOLE UN JAMÓN

(Soneto)

Este chanco en jamón, casi ternera,
anca descomunal, a verte vino
y a darte su romántico tocino
gloria de frigorífico y salmuera.

Quiera Dios, quiera Dios, quiera Dios, quiera
Dios, Rafael, que no nos falte el vino,
pues para lubricar el intestino,
cuando hay jamón, el vino es de primera.

Mas si el vino faltara y el porcino
manjar comerlo en seco urgente fuera,
adelante, comámoslo sin vino,

que en una situación tan lastimera,
como dijo un filósofo indochino,
aun sin vino, el jamón es de primera.

A lo cual respondió Rafael con el soneto que había escrito para tan solemne ocasión:

AL POETA CUBANO NICOLÁS GUILLÉN, AGRADECIÉNDOLE UN JAMÓN

(Soneto)

Hay vino, Nicolás, y por si fuera
poco para esta nalga de porcino,
con un champán que del cielo vino
hay los huevos que el chanco no tuviera.

Y con los huevos, lo que más quisiera
tan buen jamón de tan carnal cochino:
las papas fritas, un manjar divino
que a los huevos les viene de primera.

Hay mucho más, el diente agudo y fino
que hincarlo ansiosamente en él espera
con huevo y papa, con champaña y vino.

Mas si tal cosa al fin no sucediera,
no tendría, cual dijo un vate chino,
la más mínima gracia puñetera.

La fiesta no paró en eso. Para allegar algunas botellas, alguien tuvo la feliz idea de proponer una rifa singular: la de la rústica camisa en que el jamón venía envuelto. Hízose la rifa y la ganó la señora hija política del editor Gonzalo Losada. Se compraron, pues, las botellas, y la reunión terminó alegremente en la madrugada.

Pero hay más todavía. Alberti recogió los dos sonetos en una plaquette manuscrita, editada en un solo ejemplar. Tanto como la caligrafía, es suya también la fina estampa que ilustra el texto. Finalmente firmaron el folleto cuantos habían asistido a la ceremonia, y todo se me entregó a mí, que lo guardo como preciosísimo regalo.

Con lo cual se da fin a esta verídica historia del jamón que un poeta cubano regaló a un poeta español, ambos extrañados de sus tierras y queredores de sus patrias. Uno de esos poetas es libre ya; el otro lucha todavía por serlo, porque lo sea su pueblo dramático, que él ha cantado como el gaucho Martín Fierro, con toda la voz que tiene; una voz ancha, poderosa, fuerte, que nos habla de marinos en tierra y mineros sublevados, y suena llamándonos a todos a presenciar la aurora que va a levantarse del sueño, y la vida que va a surgir del fondo de la sangre, y a escuchar el clarín penetrante que está diciendo "hasta aquí, ya es bastante, ahora toca al pueblo, a España, a los muertos en pie con el dedo descarnado y duro señalando el camino que ellos no pudieron andar..."



Dibujo de Rafael Alberti.